

la realidad del fenómeno y el mantenimiento de la alucinación y que es su misión de iniciado oponer a la fe que ha suscitado el mundo de los objetos una fe contraria emanada de la misma fuente fecunda de la experiencia y que los despoja del poder de emocionarnos».

Termina el filósofo:

«En Pitágoras, en Epicteto, en Plotino, he mostrado la impotencia de estos grandes pensadores para alcanzar la felicidad por la ética y, por un supremo esfuerzo en el arte de razonar, elevándose hasta concebir el esplendor de la visión estética».

Pero unos y otros no han hecho sino entrever, por vía dialéctica, el camino de la salvación y designarlo. Sólo en Jesús la visión estética ha sido una realidad viviente. Ella lo ha hecho afrontar la muerte y vencerla por la resurrección: *Ego sum resurrectio et vita*. En Jesús el milagro biológico se ha realizado, la especie nueva ha aparecido: *Jesús homo estheticus*.—M.

La juventud de Schiller

En el número 6 del Tomo XXXIII de *La Revue Universelle*, correspondiente al 15 de Junio de 1928, Robert d'Har-court publica un interesante estudio sobre la juventud de Schiller.

Comienza dándonos un es-

bozo del carácter férreo del duque Carlos Eugenio de Württemberg «que decidió hacer entrar al joven Schiller en la Academia militar que había fundado recientemente, dedicada a los mejores de sus oficiales, a aquellos a quienes destinaba para el más brillante porvenir».

Veamos el paisaje en el que, árbol agreste, hubo de modelarse la juventud del poeta:

«Schiller entró a la Academia el 16 de Enero de 1773 con «el corazón desgarrado» por los planes del porvenir a los que, forzosamente, había renunciado. Su fortuna de escolar estaba avaluada «en un pequeño traje azul con una pequeña camisola sin mangas», «15 libros diversos escritos en latin» y 43 Kreuzer, porque la familia Schiller contaba los céntimos. Lo hicieron pasar a su entrada por una doble «visita»: médica primero, escolar después.

«Las dos debían ser satisfactorias.

«El médico del establecimiento declaró al novicio «sano de cuerpo aunque afectado de granos a la cara y escalofríos a los pies».

«Cuanto al certificado escolar, declaraba que «Juan Cristóbal Federico Schiller, a quien se había administrado el sacramento de la confirmación, está en condiciones de traducir la colección *Autorum Latino-*

rum en uso en los *trivios* y, con una notable facilidad, el Nuevo Testamento en el texto griego. Posee buenos elementos de la poesía latina; su escritura es menos que mediocre.

«¿Cuál era la fisonomía de la escuela? Los antecedentes de que disponemos nos permiten reconstruir una imagen documentaria de la época—*Kulturbitd.*, como dicen los alemanes—muy pintoresca. Los alumnos—*Eleven* según el título oficial y no *Schüller* ni *Zöglinge* pues el duque, cuya cultura provenía de fuentes francesas y que, como su amo y señor Federico II, estropeaba el alemán cuando cometía la humorada de hablarlo, reparando únicamente en imprimir a su escuela el *cachet* francés—los alumnos llevaban un traje de azul acero con botones de plata, con reveses de felpa negra, chaleco blanco, calzones blancos, espada al cinto, botas, y en la cabeza un tricornio negro con presillas de plata y una gran pluma. El tocado consistía en trenzas falsas adheridas a la nuca, muy largas, pero de una longitud reglamentada hasta en los centímetros. De los dos lados de la cabeza los rizos empolvados se dividían en dos partes. Éste era el uniforme de parada. Todos los días debían usarlo los *eleven* a la hora de las comidas, que eran de gran solemnidad, lo mismo que los

días de salida. La escuela estaba dividida en cuatro compañías, una para la nobleza, tres para el estado llano, cada una con un capitán, dos subtenientes y dos vigilantes, antiguos sub-oficiales. El comando supremo de esta «Academia», que evoca más el cuartel que la Universidad, estaba a cargo del coronel von Seeger, asistido de «un inspector superior», igualmente oficial, que estaba encargado de las rondas diurnas y nocturnas del establecimiento, rondas destinadas a controlar, hasta en sus menores detalles, la observancia del reglamento.

«Hemos visto que aristócratas y burgueses estaban repartidos en compañías distintas. Esta separación, tan chocante entre los muchachos para quienes un sentimiento tan precoz de las barreras sociales era bastante penoso, se encontraba en todas partes: en el dormitorio, en el comedor—donde se reservaba una mesa especial a los nobles—y hasta en el baño, que no era tomado en común. Sólo los nobles, los *Kavaliersöhne*, llevaban charreteras de plata y tenían derecho a lucir los cabellos empolvados; sólo ellos gozaban del privilegio de besar las manos del *Serenissimus*: los burgueses debían conformarse con besar las faldas del traje consagrado.

«¿Cuál era el régimen de la escuela? La levantada era a las

cinco en el verano y a las seis en el invierno. Inmediatamente después de los primeros menesteres matinales los *eleven* estaban obligados a prestarse ayuda recíproca en el acto de vestirse y especialmente, en la operación delicada del arreglo reglamentario de sus trenzas y de sus rizos. Cumplida esta difícil tarea en la que — de más está decirlo—nunca brilló Schiller, los alumnos descendían al refectorio donde, como primera colación, les esperaba una sopa de harina. El trabajo comenzaba a las siete de la mañana y duraba hasta las once. Venía a continuación una hora de descanso para revisar los uniformes. Descendían entonces, rizados y lustrados, a una sala grande de inspección, la *Rangiersaal*, colocada inmediatamente antes del refectorio. Allí tenía lugar una especie de revista muy severa y solemne que alcanzaba por iguales partes al traje y a la conducta. Muchas veces era el duque en persona quien pasaba la revista. Los alumnos que habían sufrido algún castigo se presentaban a la revista con un papelito llamado *das Billet* que hacía mención del motivo del castigo. El duque desabrochaba gravemente la casaca del inculpado, se imponía del *Billet* y sentenciaba el castigo. Estos fueron muchas veces atenuados por Franziska de Hoenheim que

acompañaba a su *Serenissimus* amante en estas visitas de inspección escolar y cuya maternal indulgencia encaminada siempre a hacer resaltar las circunstancias atenuantes para los pecadillos de sus pupilos, la aureolaba ante los ojos de esa juventud con nimbo de ángel tutelar.

«Durante el almuerzo, que Hoven nos describe como «sencillo, firme y sustancioso» y rociado con un vino del país «suave pero puro», la disciplina no se relajaba y en el refectorio resonaban las voces de mando militares, tan imperativas como en el cuartel. A la voz de *Beten* los alumnos recitaban el *Benedicite*; a la de *Essem*, se sentaban a un tiempo y empezaban a comer; a la de *Beten*, que resonaba por segunda vez, iniciaban la acción de gracias; a la de *Marsch*, se levantaban con un solo movimiento y dejaban el refectorio por jerarquías y en el orden más impecable. Cuando el duque estaba presente, él mismo daba la orden de sentarse diciendo gravemente en francés: *Dinez, messieurs*. Durante la hora de comida un alumno designado por turno trepaba a un estrado y leía en alta voz. Las voces de *rechtsum*, *licksum*, ordenaban a los oyentes a dirigir la mirada a derecha o izquierda.

«Después de almuerzo los alumnos se quitaban el uni-

forme de parada y se daban un recreo que duraba hasta las dos de la tarde. El trabajo se reiniciaba a las dos y duraba hasta las siete. La comida era a las siete y venía precedida por la misma sesión de arreglos de la indumentaria y exornada con el mismo ceremonial del almuerzo. A las nueve todo el colegio dormía.

«¿Qué pensar de esta vida y de este régimen escolares? Las opiniones están divididas. Los biógrafos de Schiller juzgando probablemente según la tendencia natural de su temperamento, han visto en la *École Charles* o un presidio o un internado un poco rudo. Unos se complacen en enumerar las variadas distracciones con que la dirección del establecimiento alegraba a la juventud: bailes, conciertos, esgrima, equitación; pequeños detalles que revelaban una solicitud casi paternal para con los colegiales como la cesión a cada uno de ellos de un huertecillo para cuando la Academia fuera transferida a Stuttgart. Se ha hecho valer también el buen recuerdo que algún estudiante parece haber conservado de su época de interno y el crecido número de hombres ilustres educados en el establecimiento: el escultor Dannecker, que hizo el busto de Schiller; el músico Zumsteeg; el pintor Wachter; el matemá-

tico Pfaff; el naturalista Cuvier.

«Otros autores han visto en esta vida un régimen penitenciario. Han invocado el testimonio del propio Schiller que habla de los «barrotes de fierro» de su prisión, del «método insensato que presidió su educación y malogró sus años mejores», de «la sombría juventud por la cual hizo su entrada en la vida». Se invoca también el dramático testimonio de uno de los alumnos de la Academia, el joven Grammont, a quien la melancolía patológica creada o, al menos exacerbada, por la vida de la escuela, arrastró a uno de esos patéticos suicidios de estudiante que son la más dolorosa condenación de un régimen escolar.

«Tratemos de ver claro y de formular un juicio imparcial. La *École Charles* no fué una prisión pero, por muchos aspectos, parecía un cuartel. El duque no alimentaba ninguna intención de tortura respecto de sus *alumni*, entre los cuales seleccionaba amorosamente la flor de la juventud y los que cifraba la esperanza de Württemberg, pero los trataba como a reclutas: uniformes, inspecciones de uniformes, desfiles por categorías, evoluciones de conjunto, cuadros y mando militares, automatismo, triunfo del sargentismo, antici-

pación de las bellezas del *Drill* prusiano.

«Los castigos eran severos: palos, calabozo, privación prolongada de alimentos. El duque no rehusaba dar él mismo una bofetada a aquel de sus «hijos» — *Söhne* era el nombre que gustaba darles—que le desagradaba. En 1783, una joven que será más tarde la mujer de Schiller, Carlota de Lengefeld, asiste a uno de los almuerzos de la *École Charles* y anota: «Todo el arreglo material de la Academia es muy bonito, pero el corazón humano, con su innata aspiración de libertad, siente una singular impresión de malestar ante el espectáculo de estos jóvenes reunidos para el almuerzo. Cada uno de sus movimientos obedece a la señal de un vigilante. Es una sensación triste ver a criaturas humanas tratadas como títeres».

«¡Títeres — *Drahtpuppen* —, mecanismo de relojería! ¡Toda la puntualidad, toda la precisión impecable de una pieza de relojería pero, al mismo tiempo, una total ausencia de alma! Es un organismo perfecto pero muerto. Este régimen impuesto a adolescentes, en la edad en que los gestos necesitan libertad y amplitud, tiene algo de terrible. Ningún lugar destinado a la fantasía, ninguna posibilidad de expansión para la individualidad, ni un pequeño rincón para el ensueño. Du-

rante estas jornadas cuartelarias los alumnos no están nunca solos: la soledad es peligrosa, pues permite al espíritu, puesto frente a frente de sí mismo, tomar conciencia de sus fuerzas y puede transformar en hombres a esos estudiantes destinados a ser títeres.

«No puede hablarse de un exceso de trabajo: nueve horas. Pero lo pesado es la continuidad, la uniformidad. De un extremo al otro del año la misma monótona y rigurosa regla. Ni un descanso. Ni unas vacaciones. La inflexibilidad del reglamento ignora los permisos para ausentarse aun en los casos en que el corazón humano reclama sus derechos más elementales. Un alumno de la *École Charles* pierde a su padre, solicita en vano permiso para ir a enterrarlo; como única respuesta oirá la voz seca del duque: «¡Silencio! En adelante tu padre será yo».

«¡Terrible paternidad la que se impone de tal manera!

«Los límites del internado llegan en la *École Charles* a extremos que parecen increíbles. Es el secuestro. Los alumnos están, literalmente, desgajados de toda comunicación con la vida. Esta fortaleza no tiene puente levadizo. Y en este mundo hermético van a brotar las flores que se expanden en los altos muros, las flores de sombra, más grandes a veces pero menos sanas que sus her-

manas de la luz. En el corazón de estos internos a quienes el capricho de su soberano rehúsa todo contacto con la realidad y la vida, va a desenvolverse locamente la imaginación. Esos jóvenes no conocen el mundo; van a creárselo a sí mismos. Peligrosos desquites que forjan los descontentos, los refractarios y los desequilibrados de la sensibilidad.

«Al lado del sargentismo, al lado de la clausura y sus peligros, la gran tara de la *École Charles* es el servilismo. Los pensionistas se arrodillan, se prosternan delante del duque al que se dirigen con fórmulas próximas a la adoración: *größer Karl, Vater*. Estos adolescentes están condenados a la hipocresía de las fórmulas de veneración y a las protestas de adhesión de las que el corazón reniega en la intimidad; aprenden la bajeza de alma; sus modales juveniles revisten una máscara penosa de colegiales cortesanos. El poeta Schubert llamaba a la Academia una «colonia de esclavos» y también una «fábrica de esclavos».

Pintado este sombrío y trágico paisaje donde hubo de desarrollarse la exaltada sensibilidad del poeta, Robert d'Harcourt reúne con un firme y documentado aparato erudito opiniones de contemporáneos y condiscípulos de Schiller. El mismo poeta escribe: «El amor a la poesía ofendía las leyes

del instituto donde fué educado y estaba en contradicción con el plan de su fundador. Durante ocho años mi entusiasmo se estrelló contra la disciplina militar, pero la pasión de la poesía es ardiente y fuerte como el primer amor».

¿Y qué decir de las miserias y angustias económicas del poeta? Oigamos a d'Harcourt:

«La lucha. La lucha contra todo lo que hace ingrata y mala la vida. En la mesa del mejor repertorio biográfico consagrado a Schiller, las dos rúbricas más extensas son: *Geldangelengheiten* y *Krankheiten*. Asuntos de dinero, enfermedades».

La bohemia y la tisis: «Engañado por la riqueza de su llama interior, quema prodigiosamente, con una indolencia de la que tiene la locura de felicitarse, un capital vital de una dolorosa exigüidad.

Porque, ante todo, este bohemio es un enfermo. La tisis hace lentamente su camino en un cuerpo que no resiste más. Schiller se sabe condenado: «Cuando se trate de mí no hagáis planes para más allá de dos años».

Resonancias de la vida en la obra del poeta:

«El héroe adolescente schilleriano queda siempre ante el mundo como ante un muro hostil que quiere destruir con la cabeza, ensangrentándose. Todo el teatro de la juventud

de Schiller representa el conflicto del ensueño y la vida. Todos sus héroes mueren de exaltación. El idealismo sucumbe ante la coalición de los elementos de la realidad».

El filósofo Schelling, el místico Novalis, Guillermo de

Humboldt, Goethe, que era el dios triunfante de la época, sienten la dolorosa grandeza de esta vida que se extingue. Y Carolina de Wolzogen escribe: «Se tenía la impresión, al escucharlo, de caminar entre las estrellas».—M.

Erratas

En la primera parte del estudio «El poema de Ercilla», publicado en nuestro número anterior, escapáronse las siguientes erratas:

Pág. 174, línea 21: donde dice «En otras cosas», debe leerse «Entre otras cosas».

Pág. 178, lin. 14: donde dice «explotan», debe leerse «exploran»; lin. 20: donde dice «protagonistas», debe leerse «protagonista».

Pág. 183, lin. 24: donde dice «sus talones», debe leerse «los talones».